



## Nigeria

Un texto de Javier Mamely  
para el Club de Lectura de Casa África

Lagos (Èkó) ya no es ni la capital de Nigeria. Como si eso valiera de algo, adjudicada a una inventada, anodinamente situada y difícilmente “civilizada”, Abuja. Tampoco le sirvió de mucho cuando la disfrutó, sin el reconocimiento tácito de las aspirantes rivales, representando las otras macroetnias desplazadas. En su mérito, o demérito, le resta ser la segunda mayor población del continente; y, dentro de nada, una de las mayores del planeta.

Pero Lagos representa el corazón del país. Si por algo se ganó la capitalidad desde la independencia, en una Nigeria que nacía agrietada por vicios coloniales y rivalidades tribales, fue por su calidad de ciudad abierta, al menos en un grado superior a las más radicalizadas Kano o Ibadan. Patria de los yoruba, más eclécticos que los tradicionales hausa en el norte o los igbo del este, y, por tanto, más acogedores u hospitalarios, Lagos sirvió de referencia metropolitana para todos los que querían hacer fortuna y/o salir del ámbito rural.

Aunque en el mapa aparece en la esquina inferior izquierda del país, queda a distancia subsanable en guagua del Delta del Níger. Y, como capital, evidentemente, se benefició de su posición. Los militares hausa se acantonaban por sus alrededores y los intelectuales igbo compartían iniciativas culturales. De allí surgieron los ritmos hip-hop, *afrobeat*, o *highlife*, con todas sus vidas nocturnas; la boyante industria de Nollywood; y hasta la República de Kalakuta. Hay, y ha habido, muchos Lagos yuxtapuestos, pero no compartidos. El Lagos nocturno, de sala de baile canalla; el Lagos radical, de reivindicación política; El Lagos académico y cultural, turbina del resto del país; el Lagos político y empresarial, con sus corruptelas sistemáticas. Y tantos otros Lagos, de champán francés y aguas pútridas; de limusinas, *danfos*, *okaras* y *molues*; de predicadores y vigilantes; de ganadores, los menos, y fracasados, los más. Victoria Island o Makoko.

Lagos, como otras conurbaciones inconmensurables, es imposible de catastrar; y su población, imposible de censar. Barrios lacustres, aparte de ilegales; como seguramente también lo son los barrios residenciales de alto nivel. Tierras ganadas al agua y otras anegadas nuevamente para cobijar a una población ambulante que busca alojamiento en casas de familiares, en sórdidas habitaciones realquiladas, o bajo los puentes y viaductos. Pero en la topografía de la ciudad se solapan grandes mansiones con otras en estado ruinoso, barrios marginales yuxtapuestos a otros residenciales con guardias armados; rascacielos construidos por los chinos a tiro de piedra de chabolas sobre pilastras en el agua; grandes avenidas “presidenciales” que derivan en callejones mal iluminados y peor asfaltados. Y siempre bajo la racionalidad urbanística que primitivamente diseñaron los ingleses; es decir, constreñidos en unos límites pensados para unos miles de ciudadanos, no para millones.

Lagos, como el país en general, asusta. Asusta hasta a los propios nigerianos. A los que abandonan el pueblo, y a los que regresan de la, o de alguna, diáspora. Es la gran ciudad, pero una gran ciudad que alberga a toda la *intelligentsia* y la picaresca de Nigeria; en la que conviven los más exultantes millonarios con el lumpen de los “desplazados/emplazados”; en la que hay que sobrevivir cada día y luchar por ello en cada momento, pero en la que se puede disfrutar de todos los parabienes de la gran urbe. Un indescriptible paisaje y paisanaje en el que conviven todas las etnias, condiciones sociales, motivaciones personales, y circunstancias vitales que atañen a unos u otros, independientemente de su estatus y sus intenciones y aspiraciones.

A Lagos acuden todos en busca de El Dorado. En búsqueda de oportunidades, bien en forma de trabajos remunerados, contratos ventajosos o cualquier tipo de negocio o transacción, simple o compleja, viable o imposible, que dé para comer esa noche o reporte millones de nairas en una cuenta en terceros países.

Y en Lagos se encuentran con el caos, la fractalidad y la “africanidad” de una gran ciudad; y encima, nigeriana. Vendedores y compradores de simples frituras o de toneladas de barriles de petróleo. Buscavidas e intermediarios a todos los niveles sociales. Caseros abusivos, políticos y policías corruptos, pandilleros descontrolados, pastores e imanes de todo pelaje, y el resto de esa imprevisible y heterogénea fauna que puede arribar a la ciudad soñada.

No es una ciudad fácil. Como si lo fuera alguna ciudad en Nigeria: unas atenazadas por amenazas terroristas, otras por presiones guerrilleras, las más por la desatención y el menosprecio estatal. El tráfico es endiablado (como en la mayoría de las macrociudades); el ruido, ensordecedor; el calor, insoportable; los cortes de suministro eléctrico, frecuentes; la gasolina, escasa; la seguridad ciudadana, inexistente. Se trata de una cuestión básica: lo aceptas (y disfrutas), o te resulta chocante e inaceptable. Como alguien pondera en *Graceland*: “My friend, life in Lagos is a gamble, crossing or no crossing.”

Unos no pueden vivir fuera de Lagos, como le insiste a Noo Saro-Wiwa una tía suya. Sin sus eventos, sus bodas, sus reuniones de amigas. Otros difícilmente soportan permanecer unos días, sobrecogidos por las amenazas que le acechan.

En Lagos se aprende a vivir. Y, sobre todo, a sobrevivir. Y, probablemente, a disfrutar. Si la vida te da esa opción.

Pero no podemos dejar Lagos sin dejar una imagen positiva, o, al menos, provocativa, para hacer reaccionar a otros conciudadanos. Siguiendo el proverbio yoruba: “*Ni inu ikoko dudu ni eko funfun ti n jade*” (*It is from the blackened pot that the white pap is made*), de la barriada de

pescadores de Makoko (el Maroko de *Graceland*) ha surgido un combinado de iniciativas que proponen una reconversión de la zona (que algunos medios se han apresurado a llamar la nueva “Venecia africana”) con nuevas ofertas urbanísticas que han llegado a ganar premios internacionales. La escuela flotante de Kaulé Adeyemi, emplazada sobre 256 barriles de plástico reciclados; o las “Shanty Megastructures” de Olalekan Jeyifors, encastradas en pleno barrio y proclamando su indignidad al resto de la ciudad.

El Lagos literario es una ciudad sobre, o en, la que han escrito nigerianos de toda índole. No sólo yoruba, sino igbo, y de todas las tantas etnias que componen Nigeria. Hasta algún hausa seguro que ha situado la acción, o la narración, en Lagos. Desde los patriarcas Soyinka y Achebe, pasando por Ekwensi u Okri, hasta los contemporáneos Onuozo o el mismo Abani. Y la mirada de los expatriados, como Noo Saro Wiwa o Teju Cole que, si bien han nacido y/o vivido en Lagos, se aterran o preocupan con lo que observan al regresar y por su propia integridad.

Y no me puedo olvidar de Ken Saro Wiwa, porque sale citado en *Graceland* a cuenta de su “sitcom” *Basi and Co.*, situada en una barriada arrabalera de Lagos, en la calle Adetola. Aunque iba acompañada de una serie de publicaciones escritas, muchas adaptadas para jóvenes, fue, básicamente, una comedia televisiva que estuvo 5 años en *prime time* del único canal de aquel entonces. Y, por restricciones de presupuesto, tenía una producción cutre, ceñida a una habitación en la que confluían no solo sus moradores, sino amigos, enemigos, conocidos, y una casera dislocada, que conformaban un elenco prototípico del Lagos de finales de los años 1980 y, con algunas adaptaciones del tiempo, del Lagos de hoy mismo.

Mr. B., o Basi, vive con su lema: “*To Be a Millionaire, Think as a Millionaire*”, aunque sobreviva con chapuzas casi nunca resueltas a su favor. Llega, como todos, a Lagos creyendo que las calles están asfaltadas en oro. Y a su lado están *Madam the Madam* la casera y miembro de *Only-Women American Dollar Club*, con su muletilla “*it’s a matter of cash*”; Alali, Dandy, Josco, y Segi. Uno vive bajo un puente; otro, regenta un bar con pérdidas y moscas; la chica quiere un éxito artístico. Y entre ellos intentar timarse mutuamente, o darse vida, cobijo o comida. Y como todo lagosiano o lagosense, de nacimiento o no, todos quieren hacerse millonarios por la vía fácil, dando un pelotazo, el *know-how* de la ciudad; y del país.

Este reparto de personajes, hasta cierto punto, encuentra una réplica –décadas más tarde– en “*Welcome to Lagos*”, a su vez una réplica africana del Mago de Oz, donde personas diversas, y por razones diversas, se van agrupando en su camino hacia Lagos tras un mejor futuro. Futuro que no encuentran, ni por asomo, al llegar, si bien logran sobrevivir, incluso compartiendo vivencias con la alta sociedad.

En *Graceland*, Elvis “... stared at the city, half slum, half paradise. How could a place be so ugly and violent yet beautiful at the same time? He wondered. He hadn’t known about the poverty and violence of Lagos until he arrived. It was as if people conspired with the city to weave a web of silence around its unsavoury parts. People who didn’t live in Lagos only saw postcards of skyscrapers, sweeping flyovers, beaches and hotels.”

Y de Maroko: “...nothing prepared you for Maroko. Half of the town was built of a confused mix of clapboard, wood, cement and zinc sheets, raised above a swamp by means of stilts and wooden walkways. The other half, built on solid ground reclaimed from the sea, seemed to be clawing its way out of the primordial swamp, attempting to become something else.”

“Dis is why I like Lagos.” “Why?” “Because though dey hate us, de rich still have to look at us. Try as dey might, we don’t go away.”

## Las nuevas literaturas nigerianas

Como ya se ha vislumbrado en algunos comentarios anteriores sobre Lagos y la literatura, las nuevas generaciones de escritores nigerianos replican la diversidad étnica, ideológica, religiosa, política, educativa, social o cualquiera que sea la capa diferencial o integradora que rasquemos en cada escritor.

Afortunadamente, trazas de todas estas capas, entremezcladas con fórmulas individuales, se pueden encontrar en autores de reciente incorporación al mundo literario. La labor que han implementado a nivel local nuevas casas editoriales radicadas en Nigeria (Cassava Republic, Parrésia, Kachifo, o Bahati) y las revistas literarias *on-line* (*Saraba*), se ha solapado con la aportación que, procedente del exterior, canalizan conocidos escritores expatriados a través de sus talleres o seminarios (Farafina) o instituciones académicas con fuerte presencia nigeriana (Austin, Texas). Incluso se ha invertido el orden logístico de alguna editorial, abriendo sucursales en Inglaterra o Estados Unidos.

Por fin hay escritores del norte, hausa o fulani, que escriben para el resto del país sobre temáticas candentes, incluido Boko Haram y el fundamentalismo islámico, sin despeinarse; con arrojo. También, escritores de las microetnias desamparadas, que pueden acceder a las facilidades de publicación de sus trabajos, y expulsan toda su carga de penalidades y contradicciones. Y, finalmente, escritores de la diáspora. Alguno de ellos, como Uzodinma Iweala, ni siquiera considerado nigeriano (en la Wikipedia), aportando una visión sin complejos, a veces algo sesgada, de su Nigeria, pero también de otros temas y lugares.

Se habla de otras temáticas candentes como la homosexualidad masculina (*Speak No Evil*) o femenina (*Under the Udala Trees*), los amores transgresores (*Season of Crimson Blossoms*), la emigración pura y dura o la académica (*An Orchestra of Minorities*), la violencia de género, la corrupción política, la contaminación en el Delta del Níger y las guerrillas, vigilantes y cultos en torno al oscuro mundo del petróleo (*A Wall is Just a Wall*), o los rifirrafes entre pastores y granjeros, o entre cristianos y musulmanes.

Además, se escribe para los lectores del país; o, más bien, para los lectores de su etnia o los que puedan entender su lengua. Se escribe con desparpajo en hausa, en yoruba –incluyendo la complejidad de acentuación tipográfica–, en igbo o en pidgin o patois. Ya no hay lugar para las paráfrasis, los glosarios u otras explicaciones. Como dice el editor Egosha Imasuen: “Si escribes ‘mojó la mano en el eba’, tendrías que añadir a continuación una frase que explicara que ‘eba’ es esa especie de puré de papas de glóbulos amarillentos, hecho con trozos de yuca; y uno dice: Arrghhh, no lo expliques; que lo busquen en Google”. Las obras recientes de Jowhor Ile, Igoni Barrett, Chigozie Obioma, o Chibundu Onuzo (incluso *Graceland* de Abani) no emplean la cursiva para vocablos o expresiones locales, abundantes en sus textos. O como Elnathan John, que se quejaba de que tuviera que explicar términos como “*go-slow*”.

Y, sin embargo, nada de esa actualidad; nada de esa contemporización de los hechos se puede narrar sin ese otro mundo que abarca lo irreal; lo mágico; lo que siente en la médula cada nigeriano: una mezcla de tradición, espiritismo y compromiso con ciertos “otros”, que marca su vida inapelablemente.

Un nigeriano, y podríamos hacerlo extensivo a casi todo africano, vive inmerso en una compleja urdimbre de relaciones personales, familiares, tribales, religiosas, comerciales, o laborales, que le constriñen y le protegen. Convive con espíritus protectores, criaturas monstruosas y peligrosas, poseídos o lunáticos, y alter egos que juegan a Mr. Hyde. Hace uso

de *dibias*, curanderos, yerberos o espiritistas. Lleva encima amuletos, escarificaciones y confía, sospecha, o teme, la acción de los dioses, semidioses, hechiceros, brujos, y demás intermediarios con el otro, o los otros mundos.

Chigozie Obioma, en su última novela (*An Orchestra of Minorities*, 2019), pone de voz narrativa, de narrador omnisciente, al *djinn* del protagonista. Lo que le permite, al escritor, y al lector, trasladarse desde el mundo tangible al paralelo, más complejo y enrevesado, cohabitado por otros seres igualmente intangibles y más poderosos que el ser humano. Pensando y viendo el mundo como ellos. Un mundo con sus ultramundos que, supuestamente, nos gobiernan; o, al menos, nos influyen decisivamente.

Y recurre con profusión a los tradicionales y narrativamente útiles proverbios –tan igbo– para pautar la narración, introduciendo, o justificando, el argumento. Una técnica consuetudinaria que emana de los *griots* y de los ancianos, y que tantos escritores igbo han empleado, empezando por Achebe.

En general, la visión no es traumática, pero tampoco tranquilizadora. El eterno devenir de una ciudadanía, nacida fallida y enfermizamente tutelada, que clama por su sitio en un país muy rico y demasiado poblado, en el que muy pocos pueden encontrarlo, a su satisfacción.

Una lista desordenada de algunos de los últimos libros publicados (algunos citados) y del lugar de residencia de los autores.

Abubakar Adam Ibrahim	<i>Season of Crimson Blossoms</i> (2015)  Norte (Jos). Vive en Abuja
Elnathan John	<i>Born on a Tuesday</i> (2016)  <i>Be(com)ing Nigerian: A Guide</i> (2019)  Norte (Kaduna). Farafina. Recomendado y vilipendiado por Adichie
Uzodinma Iweala	<i>Speak No Evil</i> (2018)  Nacido en US de padres nigerianos
Jowhor Ile	<i>And After Many Days</i> (2016)  Port Harcourt. Vive en US. Recomendado por Iweala, Selasi, Barrett y Adichie
Chigozie Obioma	<i>An Orchestra of Minorities</i> (2019)  Vive en US
Chinelo Okparanta	<i>Under the Udala Trees</i> (2015)  Port Harcourt. Vive en US
Chibundo Onuzo	<i>Welcome to Lagos</i> (2017)  Lagos. Vive en UK
A. Igoni Barrett	<i>Blackass</i> (2015)  Port Harcourt. Living in Lagos
Akwaeke Ewezi	<i>Freshwater</i> (2018) Farafina. Igbo-Tamil non-binary transgender Vive en US
Sefi Atta	<i>The Bead Collector</i> (2019)  Lagos. Vive entre US/UK/Nigeria
Tomi Adeyemi	<i>Children of Blood and Bone</i> (2018) (Trilogía: <i>The Legacy of Orisha</i> )  <i>Children of Virtue and Vengeance</i> (2019)  Nacida en US de padres nigerianos. Vive en US. Recuperó de mayor su pasado cultural africano
James Ogunjimi	<i>A Wall is Just a Wall</i> (2018)